

Gregorio Reynolds

Miguel de Unamuno

(*In memoriam*)

Gregorio Reynolds nació en Sucre, capital de la República de Bolivia, el año 1884. Ha publicado los siguientes libros: «El cofre de psiquis», «Horas turbias», «Quimeras» y «Redención», poema cíclico, que fué editado por ley especial, con motivo de la celebración del Centenario de la proclamación de la República. En pocos días más, se pondrá a la circulación «Prismas». El «Círculo de Bellas Artes» de La Paz, puso en escena su traducción, en verso, de «Edipo Rey», de Sófocles. Tiene, inéditos, seis libros de versos. Es miembro correspondiente de la Academia Española y socio de la Sociedad de Escritores y del PEN Club boliviano y de muchas instituciones culturales del extranjero. Está considerado por la crítica europea y americana, como uno de los más grandes poetas del continente. Ha publicado también una traducción de sonetos y poemas de Gilka Machado. En poco tiempo más, dará a la prensa versiones de varios poetas brasileños. Gregorio Reynolds se encuentra actualmente en Chile. Hemos querido, en esta oportunidad, saludar en Reynolds a la intelectualidad boliviana, reproduciendo aquí una de sus más bellas composiciones.—(N. de la D.).

I



USTERO caballero de la lira,
con arrogante brío de titán,
tras Jesucristo y Mefistófeles,
tras Don Quijote y Parsifal,

llevaste a la ventura
tu mesiánico afán,
hasta alcanzar la cúspide
de la serenidad.

Tu numen es un caudaloso
río de luz solar,
río de oro que penetra
por los vitrales de una catedral,
río de fe, de infinitud, de gloria,
como el mirífico Jordán.

Es fuente del ensueño en la que abreva
el Cordero Pascual,
océano enfurecido,
remanso de bondad
o fría y transparente
agua de pila bautismal.

Mientras ronca, lejana,
la campana de la adversidad,
en la profunda noche del espanto
abre su ojo rojo Aldebarán
sobre la superficie resonante
del mar.

Hay mástiles tronchados como huesos
al embate del vendaval,
y velas desgarradas y arrancadas
por mil manos coléricas que van
arañando en tinieblas de pavora
navíos aventados al azar:

manos de ahogados, estrangularas,
que al elevarse el rezo funeral
del trisagio, aprietan, convulsas,
las gargantas de los que se hundirán.
Campana de los náufragos que dobla
en la calígene abismal
y que la escuchan sólo los que se hallan
sin esperanza ya.

Hay sombras de cadencias olvidadas
en un silencio secular,
en un silencio estremecido
por leves roces de cristal:
sonido adormecido y prolongado
como el de un apacible colmenar.
Voces antiguas escuchadas ¿dónde?...
Vago rumor que tiembla en la oquedad
de los ámbitos abovedados
y abandonados ya
y que sólo percibe el subconsciente
como en un perezoso despertar.

Notas remotas, trémulas, del órgano
que dan una emoción de inmensidad.
Voces claustrales que jamás pudimos,
jamás podremos olvidar,
porque fueron oídas en la infancia
o soñadas quizá,
tan llenas de ansiedades y congojas,
tan dolorosamente, tan
desgarradoramente apasionadas,
que en nuestra vida nunca habrá
nada más diáfano, más tenue,
ni más intenso que añorar;

voces que se nos quedan para siempre,
saturadas de arcanidad;
cordiales voces traspasadas
por el amor sin forma corporal;
voces como escuchadas muchos siglos,
muchos siglos atrás;
voces distantes, apagadas casi,
de la sonora soledad.

En tu interior basílica esas voces
son como un cántico augural:
apóstrofes y antífonas traducen
tu ira y tu piedad.

Tormentas y torrentes
rebullen en tu órbita mental,
y estandartes golpeados por el viento
en himnos de victoria y libertad.

Acerada, inflexible, inquebrantable,
tu inspiración genial
entrecruzada por relámpagos,
es el hacha que tala un encinar.
Caldeada al rojo vivo,
es punta de cauterio contra el mal.
A veces, pocas veces, se desborda
con amplitud de pleamar,
y se recoge gravemente
en períodos de bronca asperidad,
que nos incitan a domar la carne
con el cilicio y el sayal.

Hay en tu verso atormentado
vigor y sobriedad.
Es la curva en tensión del arco enorme
del sagitario zodiacal.
Bizarramente substraídas
al mitológico carcaj,
parten dos flechas desde el vértice
de tu pináculo angular.

Tus poemas se leen
con la angustia tenaz
de soñar que se va soñando
y no se puede despertar.
Dan una sensación abrumadora
de irrealidad.

Por el terror sagrado sacudidas,
te oyeron nuestras almas delirar.
Habló la Esfinge por tus labios trémulos
de orgullo y de humildad.
Te reveló el oráculo los signos
del invisible rumbo astral.
Para tus ojos zahoríes
se aclararon enigma y avatar.

Viste en el Logos cósmica armonía,
el tránsito esencial
del Hermes trimegisto y del Trimurti,
y en la sagrada Trinidad,
los siete planos del conocimiento
tendidos al sistema sideral
tras el que sigue en su parábola
el ojo del espacio triangular.

Tajó tu pensamiento carne viva.
Con la aguda frialdad
de un escalpelo desgarró la entraña
de la protervia contumaz.

¿En dónde ardió tu voz? Delfos y Patmos
la hicieron encenderse, crepitar
y propagarse indefinidamente,
siglo tras siglo, tras la iniquidad.
Orestiada y Apocalipsis,
voz de Médea y del San Juan
llevando al futuro el verbo
de Zeus y Jehová:
trenos de la sibila y del profeta,
abismo y cumbre al par,
sacudimientos ígneos de los montes,
sulfúricos jadeos del volcán
tras una coruscante zarabanda
con el viento en el peñascal,
coléricos retumbos
de los aludes del glaciár,
voz que cruzó todos los rumbos
en el corcel del huracán.

II

A tu morada un día
llegó la Enjuta, de antifaz,
con una calavera entre las manos
que mostraba en su lámina facial
tres huecos de tinieblas
de eternidad.

Resplandeciente y puro
has entrado en la noche perennal,
en el misterio de ultratumba,
en el abscóndito jamás.
Al corazón de fuego de la tierra
bajó tu corazón sin vacilar.

Como la estrella de Belén, la tuya
al mundo alumbrará.
Para tu nombre abriéronse las puertas
de la inmortalidad.

Tus candentes palabras despertaron
nuestra energía sensorial.
Confortación y plenitud, tu espíritu
conduce a la verdad.
Es ruta de firmeza para quienes
vamos en pos del oro del ideal.
Hay que cavar para encontrar la veta.
Muy hondo hay que cavar.

Hay que vencer, vencerse sobre todo,
con disciplina y voluntad.
Quien es dueño de sí, quien se domina,
domina a los demás.

Resistir, persistir, ser catapulta
contra el prejuicio y la maldad.
Y oír también lo que aconseja
la franciscana voz del manantial:
—«Como la hermana hormiga,
como la hermana abeja trabajar».

Hay que sufrir como sufriste.
Sólo el dolor es inmortal.
Solo el dolor es sempiterno.
Morir no es descansar.
El fin es el principio que retorna
desde el profundo sueño vegetal.
Es, en potencia hermafrodita, el génesis
fecundador, materno, tutelar.
El está en la materia estimulada
por el arcano soplo germinal.
El está en todo, y todo está en nosotros
sin estar.

La conjetura vanamente indaga
en el tremendo más allá,
y el torvo buho de la duda
que guarda el amuleto de Pascal,
mira el árbol funesto
de la sabiduría retoñar.

¡Ah la constante incertidumbre
de nuestra vida terrenal,
y el torcedor de la conciencia,
y la congoja de pensar
en el vasto silencio del vacío:
ser el mismo silencio nada más!

En el cerebro incúbanse las larvas
del mal del siglo. El *surmenage*
nos ve escarbando las neuronas,
inexorable, lento, pertinaz.

No ya el fulgor ustorio nos seduce
de los áureos racimos del dios Pan,
sino la sangre, jugo de oblacones
a una maléfica deidad,
y vamos tropezando, porque a tientas
nos ha tocado caminar.

Despliega sobre el orbe enagenado
sus alas de vampiro Satanás.
Lanza el odio fraterno por doquiera
su frenesí brutal.
Hasta la gruta del instinto
el hombre ha dado el salto atrás,
y con sangre de Abel riega el camino
de la fatalidad.

Don Alvaro de Luna y don Pelayo
junto al Gran Capitán,
hacen sonar sus viejas armaduras
en el panteón del Escorial;
la anarquía distiende sus tentáculos
para tragarse su heredad,
y como antaño, el fanatismo
prende la pira ante el altar.
Junto a las llamaradas de la hoguera
se agiganta Domingo de Guzmán.

.....

La humanidad ha de ir a ciegas
hasta que pueda comprender y amar.

III

Pronto, como las tuyas,
a nuestro globo amagarán
las palabras de fuego aparecidas
en el festín de Baltasar.

Contra Jerusalén deícida y pérfida
desfogará su furia Leviatán,
y sobre el esquiliano
fragor de la hecatombe, rugirá
la gran voz que clamaba en el desierto,
la voz del exaltado Yokanán.

Amenazando como siempre,
tu musa se erguirá
solemne y pavorosa como un bosque
bajo la tempestad;
como un río que arrulla a la montaña
partida en dos por su raudal.

.....

Don Miguel de Cervantes,
don Miguel de Unamuno, conjuran
la discordia intestina que empurpura
los claros timbres del solar.

América que espíritu y substancia
mantiene de su stirpe inmemorial,
bajo la égida del idioma hispano
lleva en la Cruz austral
—sangre de Cristo congelada en astros—
el sacro emblema de la paz.

.....

En actitud hierática, Unamuno,
tu imagen, gloria y majestad,
es hoy bajo una luz de pesadilla
y un eco de campana funeral
—un eco que no es eco
y una luz que no es luz—
la alongada figura del Greco
respaldada en la cruz.